

COLECCIÓN INTERSECCIONES

17



INSTITUTO DE INVESTIGACIONES
SOCIALES
BIBLIOTECA

Identidades sociales

GILBERTO GIMÉNEZ

M É X I C O

2009

Coedición: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/ Instituto Mexiquense de Cultura

Colección Intersecciones

Coordinación: Dirección General de Vinculación Cultural

Diseño de portada e interiores: Luis García Flores

DR. © GILBERTO GIMÉNEZ/ *Identities sociales.*

Primera edición: 2009

DR. © Consejo Nacional para la Cultura y las Artes

DR © Instituto Mexiquense de Cultura

ISBN: 970-35-0758-1 (Colección)

ISBN: 968-484-692-4



**INVESTIGACIONES
SOCIALES**

Derechos reservados conforme a la ley. Este libro no puede ser fotocopiado ni reproducido total o parcialmente, por ningún medio o método mecánico, electrónico o cibernético, sin la autorización por escrito del autor. Los anexos y formatos podrán ser tomados como base para los propios proyectos, dando el crédito correspondiente a la fuente en caso de publicaciones, talleres y cursos.

Impreso y hecho en México

 **Consejo Nacional
para la
Cultura y las Artes**

**INSTITUTO
MEXIQUENSE
DE CULTURA**

Sumario

| | |
|---|------------|
| Presentación | 9 |
| Prólogo | 17 |
| I MATERIALES PARA UNA TEORÍA DE LAS IDENTIDADES SOCIALES | 25 |
| II IDENTIDAD Y MEMORIA COLECTIVA | 53 |
| III APUNTES PARA UNA TEORÍA DE LA IDENTIDAD NACIONAL | 79 |
| IV VERSIONES POPULARES DE LA IDENTIDAD NACIONAL EN MÉXICO DURANTE EL SIGLO XIX | 99 |
| V IDENTIDADES ÉTNICAS: ESTADO DE LA CUESTIÓN | 123 |
| VI COMUNIDADES PRIMORDIALES Y MODERNIZACIÓN EN MÉXICO | 151 |
| VII FORMAS DE DISCRIMINACIÓN EN EL MARCO DE LA LUCHA POR EL RECONOCIMIENTO SOCIAL | 179 |
| VIII LA RELIGIÓN COMO REFERENTE DE IDENTIDAD | 201 |
| IX CAMBIOS DE IDENTIDAD Y CAMBIOS DE PROFESIÓN RELIGIOSA | 215 |
| X EFECTOS DE LA GLOBALIZACIÓN SOBRE LAS COMUNIDADES CAMPESINAS TRADICIONALES EN MÉXICO | 243 |

XI IDENTIDADES EN GLOBALIZACIÓN

279

Bibliografía

297

Presentación

ITINERARIO DE INVESTIGACIÓN

Mi interés por el tema de las identidades sociales surgió a finales de los años ochenta, a raíz de un amplio proyecto de investigación sobre identidad étnica e identidad nacional al que fui convocado por el entonces director del Instituto Nacional Indigenista (INI), Arturo Warman, y que contó con el apoyo del Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM. Esta circunstancia explica por qué la primera fase de mis reflexiones sobre este tema giró en torno a la situación y el futuro de las identidades indígenas dentro de la comunidad nacional. La gran pregunta subyacente a esta problemática –y que parecía preocupar al INI en aquel momento– era la siguiente: ¿cómo se puede hacer avanzar a las culturas étnicas sub-nacionales hacia una cultura crítica, moderna y nacional, no en detrimento, sino a partir de su propia identidad y matriz cultural?

En una segunda fase, y nuevamente a raíz de un proyecto de investigación sobre “Religión y Sociedad en el Sureste”, programado en la misma época por el CIESAS bajo la dirección de Leonel Durán Solís, –y en el que participé al lado de Guillermo Bonfil Batalla–, tuve que extender mis reflexiones sobre este tema al campo religioso, que en aquel entonces era objeto de especial preocupación por parte de muchos antropólogos debido a la proliferación de las sectas y su aparente amenaza a las identidades étnicas y locales. De aquí mis reflexiones enfocadas al problema de los cambios de identidad religiosa, particularmente en el Sureste mexicano.

En una tercera fase, otro proyecto de investigación, esta vez orientado al estudio de la pertenencia socio-territorial en el valle de Atlixco, Puebla, me llevó a descubrir la geografía cultural, que siempre estuvo estrechamente vinculada con el problema de las identidades regionales. Este proyecto, realizado a finales de los años noventa con la colaboración inapreciable de mi alumna Mónica Gendreau, estimuló mi interés por la relación entre identidad, cultura y territorio. Pero debo reconocer que este nuevo interés fue alimentado generosamente desde el punto de vista teórico por algunos colegas italianos (como Gabrielle Pollini, de la Universidad de Trento) y suizos (como Michel Bassand, de la Universidad Politécnica Federal de Lausanne), a lo que debe añadirse, en México, las solicitudes incesantes de la revista *Culturas Contemporáneas*, del Programa Cultura de la Universidad de Colima, entonces bajo la dirección de Jorge González.

La última fase de mis reflexiones, que es la actual, representa la culminación natural de este itinerario que tenía que desembocar obligadamente en el tema de la relación entre globalización y cultura. El principal estímulo provino esta vez de mi descubrimiento de los estudios ingleses sobre ciudades mundiales realizados en el Departamento de Geografía de la Universidad de Loughboroug, a los que fui encaminado por mi amigo Robert Fossaert.

Los trabajos presentados a continuación reflejan este itinerario. El lector percibirá en ellos un esfuerzo de clarificación progresiva del concepto de identidad, ya que uno de los obstáculos que dificultaba su operacionalización fue, desde el inicio, el uso indiscriminado, abusivo y frívolo del término en cuestión en la literatura antropológica corriente de nuestro país. En el *interim* la identidad devino una moda académica hasta el punto de que hoy en día no hay autor que no la convoque en el título de su monografía como marca de novedad y de prestigio. De aquí a la banalización del término hay poco trecho.

El esfuerzo de clarificación conceptual requirió, inicialmente, una investigación bibliográfica previa sobre el tema en la literatura académica internacional. Esta investigación fue publicada en 1992 por el INI bajo el título de *Reseñas bibliográficas* (I y II), contando con la colaboración de Martha Judith Sánchez, Alejandro Figueroa y Carlos Ramírez Salazar. Creo no exagerar diciendo que se trata de la bibliografía más completa en la materia que se haya publicado hasta esa fecha.

En cuanto a la clarificación conceptual en sí misma, me parece que puede condensarse en los siguientes puntos:

1) Se ha procurado implantar firmemente el concepto de identidad en el campo de una teoría de los actores sociales, para dejar en claro que cuando hablamos de identidad estamos hablando de la representación – reconocida y compartida – que tienen de sí mismo los actores sociales, y no de cualquier inventario de “rasgos distintivos” constituido desde el punto de vista del observador externo.

2) Se ha planteado como tesis central la relación indisoluble entre cultura e identidad, ya que esta última sólo puede resultar de la interiorización distintiva y contrastiva de determinados repertorios culturales por parte de los actores sociales. En este sentido, se plantea que la identidad no es más que el lado subjetivo de la cultura.

3) Se ha insistido en la distinción y, a la vez, en la relación peculiar existente entre identidades individuales e identidades colectivas. En efecto, si bien por una parte hay que subrayar la distinción para afirmar que la identidad se predica en sentido propio de los actores individuales, y sólo por analogía de los colectivos; por otra parte hay que advertir que las identidades colectivas constituyen una franja específica de la identidad de los individuos a través de su red de pertenencias sociales.

4) Se ha destacado la tesis sociológica central, inicialmente introducida por G.Simmel, según la cual la identidad de un individuo se define primariamente, antes que cualquier referencia a atributos, por su red de pertenencias sociales.

5) Finalmente, se ha enfatizado una y otra vez que la identidad no constituye una especie de esencia o atributo específico del sujeto, sino un sistema móvil de relaciones múltiples centradas en el sujeto en una determinada situación social. Esto se infiere de lo dicho en el punto anterior, así como también de la necesidad del reconocimiento exterior para que una identidad pueda existir socialmente. De este modo se desvirtúa la objeción inicial de algunos “posmodernos” que imputaban al concepto de identidad una connotación “esencialista” o “fijista”.

EDUCACIÓN Y CULTURA-IDENTIDAD

Los capítulos de este libro son también el reflejo de los cursos semestrales que he impartido durante años en la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM. Esta circunstancia me ha llevado a reflexionar sobre la relación entre las teorías referentes a la pareja cultura-identidad, por un lado, y las referidas a la educación y a la enseñanza, por otro.

Uno de los efectos no previstos y no deseables de la especialización en el campo de las ciencias sociales ha sido la separación entre educación y cultura. Inicialmente, no fue así. La educación se consideraba como parte integrante del concepto de cultura, como uno de sus sentidos activos, como el conjunto de procesos que se relacionan con la inculcación y la interiorización de la cultura. Tal era el sentido de la “paideia” griega y de la “cultura animi” ciceroniana, que concebía la cultura como la acción de cultivar la capacidad y el espíritu de los jóvenes romanos mediante el aprendizaje de la filosofía y de la retórica.

De hecho, el término “cultura” es la sustantivación del verbo “cultivar”, y por eso su sentido primigenio es “la acción de cultivar” que, por analogía con la agricultura, se aplica también al cultivo de la “naturaleza interior” del hombre. En este primer sentido, la cultura era lo mismo que educación, formación y socialización. Este sentido activo del término en cuestión perduró hasta el siglo XVIII, época en que los filósofos alemanes, particularmente Herder y Fichete, introducen el segundo sentido, complementario del primero, que también permite el término “cultura” como término sustantivado: “el estado o los productos de lo que ha sido cultivado”. De aquí la concepción de la cultura como “patrimonio” (principalmente artístico y monumental), como una especie de capital heredado o como conjunto de instituciones llamadas culturales.

Este segundo sentido termina por eclipsar completamente al primero, y es el que ha sido retomado y reelaborado desde fines del siglo XIX por la antropología cultural norteamericana, aunque ampliando el concepto y restándole toda connotación elitista. Todavía en los años setenta, Clifford Geertz afirmaba categóricamente que la cultura es pública, por definición, y se presenta como un “texto” dotado de una “telaraña de significados” que el analista debe descifrar. De este modo excluía de

su ámbito todos los procesos subjetivos de interiorización que se relacionan con la inculcación de saberes y valores, es decir, todo lo relacionado con la educación. En resumen, la antropología cultural termina expulsando de su ámbito los procesos de interiorización de la cultura y, con ello, todo interés por la educación.

A esto debe añadirse otro fenómeno que termina por consumir la separación entre educación y cultura: los procesos de autonomización y de diferenciación vinculados con la división social del trabajo en las sociedades modernas. En efecto, la cultura, entendida como cultura-patrimonio, tiende a autonomizarse desde el siglo XVIII, que es cuando la cultura se constituye en un campo especializado y autónomo, valorado en sí y por sí mismo, independientemente de toda función práctica y social. Lo mismo ocurre con la educación, que según Durkheim se constituye como una disciplina autónoma y racional a partir del mismo siglo, época del racionalismo y de una “cultura histórica y científica” que deja atrás la época del humanismo, la de la escolástica y la de la “gramática”. De hecho, en nuestros días la educación se ha convertido en una disciplina autónoma y compleja, surcada por sub-disciplinas diversas entre las cuales se destaca la pedagogía o didáctica.

En resumen: el desvanecimiento progresivo de los sentidos activos del término “cultura”, aunado a los fenómenos de autonomización y especialización en el campo de las ciencias sociales, explica la separación actual entre educación y cultura-identidad.

Nuestra tarea es volver a integrar orgánicamente ambas nociones, sin perder la riqueza ganada con la especialización. Y para ello se requiere ampliar nuevamente la idea corriente de cultura reincorporando el sentido activo (la “acción de cultivar”) que tuvo alguna vez. Esto implica integrar las formas objetivadas de la cultura (la “cultura-patrimonio”) y las formas interiorizadas de la misma dentro de un mismo concepto, ahora ampliado, de cultura. De este modo la teoría de la cultura volvería a interesarse por los procesos de inculcación formal o informal que explican, según Bourdieu, la interiorización de la cultura entendida como “habitus” y como “ethos” cultural.

Dentro de esta óptica, de los diferentes capítulos de este libro pueden extraerse múltiples tópicos de discusión relativos a la problemática cultura-identidad, que pueden interesar a los profesionales de la educación. Mencionemos, a título de ejemplos, sólo algunos de ellos:

1) La identidad se aprende, es decir, no es una propiedad inherente a las personas, sino, al igual que la cultura que le sirve de nutriente, es el resultado de un aprendizaje por vía de socialización formal o difusa.

2) Uno de los problemas que se plantea en el aprendizaje de la identidad radica en el hecho de que, en las sociedades urbanas complejas, se dificulta la formación de “identidades fuertes” debido a la discontinuidad y a la frecuente incoherencia entre las diferentes agencias de socialización, lo cual es una consecuencia del pluralismo cultural y de la multiplicidad de las experiencias comunicativas.

3) La identidad personal debe entenderse y cultivarse, no en forma individualista o solipsista, sino como la conjunción de “lo socialmente compartido”, resultante de la pertenencia a diversos grupos y otros colectivos, y de “lo individualmente único”, resultante del conjunto de los atributos diferenciadores. (Cap. I y II).

4) Existen hoy, y han existido en la historia de México múltiples proyectos de nación a los que subyacen otras tantas versiones de la identidad nacional, por lo que no es deseable la inculcación dogmática de una sola idea de nación, que siempre será unilateral y partidista (Cap. III y IV).

5) Es preciso inculcar la idea de que México no es una nación monocultural, sino una nación pluricultural sustentada en la diversidad de sus culturas étnicas y regionales. Como decía Guillermo Bonfil, la unidad de la cultura nacional es una unidad de convergencia y no de homogeneidad. Frente a este panorama de diversidad cultural, la discriminación en sus diferentes formas es una actitud ética y políticamente insensata. (Cap. V y VII).

6) La tradición no se contrapone a la modernización. Es posible concebir un proyecto de desarrollo modernizador desde la plataforma de una cultura tradicional, como son las culturas étnicas. (Cap. VI).

7) Frente a la pluralización creciente de las identidades religiosas y sus constantes cambios, la tolerancia y el respeto a la diversidad son la única actitud ética y culturalmente admisible en una sociedad laica y democrática. (Cap. VIII y IX)

8) Para integrarse a la globalización sorteando sus riesgos y aprovechando las oportunidades que ofrece, se requiere fortalecer las culturas particulares y las identidades locales. Lo global y lo local pueden interpenetrarse, pero no se opo-

nen. No se divisa todavía en el horizonte del planeta el surgimiento de identidades genuinamente globales que impliquen un “sentido de pertenencia global”. (Cap. X y XI).

LA LÓGICA SECUENCIAL DE LOS CAPÍTULOOS

La secuencia de los capítulos presentados en este libro responde a cierta lógica de escala teórica y de homogeneidad de contenido.

Los dos primeros capítulos pretenden delinear el marco teórico general dentro del cual se inscriben los demás, sea como especificaciones sectoriales, sea como aplicaciones empíricas.

Los Capítulos II y III abordan el problema de la identidad nacional, que aquí se concreta en el análisis histórico de una versión popular del nacionalismo en México durante el siglo XIX.

Los Capítulos V, VI y VII giran en torno a las identidades étnicas, y desembocan en un ensayo sobre las diferentes formas de discriminación de las mismas.

Los Capítulos VIII y IX se adentran en el terreno religioso y enfocan de modo particular los cambios de identidad en este campo, incluyendo una reflexión específica sobre la conversión religiosa.

El Capítulo X introduce el tema de la relación entre identidad y territorio, y presenta una apretada síntesis de los resultados de una investigación empírica sobre identidad regional realizada en el valle de Atlixco, Puebla.

El último Capítulo pretende responder a la pregunta de si se puede hablar con propiedad y pertinencia de “identidades globales”, como lo hace la retórica hiperbólica que circula en los ámbitos de la publicidad, del periodismo ligero y de la política tecnocrática.

Algunos de estos capítulos ya han sido publicados en revistas especializadas o como capítulos de libros colectivos, y por lo mismo conservan las huellas de su fecha de elaboración. Otros, como los Capítulos IV y VII, son inéditos, y han sido redactados especialmente para este volumen. Pero todos han sido revisados, corregidos y debidamente actualizados, de modo que mantengan unidad y coherencia.

IDENTIDADES SOCIALES

Sólo me resta agradecer una vez más el apoyo generoso brindado por el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM, al que estoy adscrito, y el estímulo incesante de numerosos alumnos y ex-alumnos hoy dispersos por toda la geografía de este país y de algunos otros países de América Latina.

GILBERTO GIMÉNEZ

Marzo de 2007